

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociación no solamente esquiua sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

LA REACCION.

«Ya vendrá la reaccion» decia cuatro meses hace á la asamblea con tono entre risueño y grave el venerable obispo de Jaen, y unos con incrédulas risas y otros con marcada sensacion acogian el significativo anuncio.

La reaccion salva muchas veces al enfermo, y en ella confia el médico mas que en los recursos del arte ó mas bien los emplea cabalmente para producirla. Solo puede temer la reaccion el que haga causa común con la enfermedad, ú otorgue al mal el derecho de progreso indefinido que al fin encuentra sus limites en la tumba.

La palabra adolece de vaguedad, y siendo correlativa con la de *accion* de la cual es á la vez efecto y correctivo, importa saber cual sea esta para decidir en pro ó en contra de la conveniencia y de la bondad de aquella. Lo mismo sucede con las de *retroceso* y *adelanto*, que para fijarlas con propiedad es menester convenir antes en el término adonde vamos y en el punto de partida.

Tiene la reaccion, comprendida en su genuino sentido, no sé que de fatal é inevitable que depende mas de la fuerza de las cosas que de la voluntad de los hombres. Obedeciendo á la ley natural que aumenta el ímpetu de los agentes comprimidos y el poder de las necesidades contrariadas, mide los grados de resistencia por la violencia del ataque. Del tino de la accion depende provocar ó no reac-

ciones. La misma revolucion tal como se proclama no viene á ser mas que la reaccion de derechos tiranizados y el desborde de corrientes obstruidas, atropellando á su vez derechos y estrellándose contra diques que la obligan á retroceder.

Para afirmar pues si la reaccion vendrá y si conviene ó no que venga, interesa conocer cuál y cuánta sea la accion que nos empuja y cómo obra y adónde nos conduce; interesa averiguar si hay compresion de fuerzas poderosas ó clamor de necesidades no satisfechas. Que el impulso comunicado á la nacion es violento y desatentado, que la marcha carece de rumbo y el movimiento de regulador, que la locomotora no obedece ya á ninguna direccion inteligente, que hay completo descarrilamiento en una palabra, es confesion que está en la mente del observador mas optimista y hasta en los labios del mas circunspecto: que el estacionamiento es imposible, lo vocifera unánime aunque en sentido opuesto la impaciencia de los partidos y lo reconocen á costa suya los apurados gobernantes: que el ir adelante sin término, sin meta conocida, es desastroso y lleva no ya á una trasformacion política sino al aniquilamiento social, lo demuestra la alarma, la ansiedad imponderable que todo lo embarga y paraliza. «Así no se puede estar» dicen todos, conservadores y revolucionarios, menos el corto grupo de los que se esfuerzan en alargar dia por dia su efimera bienandanza: «por este camino no se

puede seguir» dicen todos, menos algunas decenas de ambiciosos que proyectan y algunos miles de crédulos que sueñan mejorar. Esto se dice á una voz en las plazas y en los hogares, en las ciudades y en los campos, en los palacios y en las guardillas, en las fábricas y en los mostradores, en los bufetes y en los comercios, en los cuarteles y en los arsenales, y aun, estoy seguro, en las oficinas y en los consejos de ministros.

¿Y por qué? porque no hay fuerza viva que no se agite prisionera, sentimiento general que no padezca herida, interés legítimo que no esté lastimado, necesidad apremiante que no reclame satisfaccion, institucion ó clase que no se encuentre desorganizada. Fuerza viva es la religion; y en la prensa y en la tribuna son mofados cínica y brutalmente sus dogmas, escarnecida su autoridad, insultados y calumniados sus ministros, y por su aversion á ella se gradua el entusiasmo ácia lo nuevo, y raro es el documento oficial en que no reciba muestras de hostilidad ó por lo menos de desconfianza: preciso será pues que esta fuerza se estinga ó que reaccione. Fuerza viva y reconocida por la constitucion vigente es el sentimiento monárquico; y el trono está vacante, y se inutilizan los candidatos mucho antes de aparecer, y se crea en derredor el vacío, y se obstruyen de oprobio y de inmudicia todos los caminos para llegar á la autoridad suprema: menester será que la España deje de ser monárquica ó que obtenga un verdadero rey. Necesidad suprema es el respeto á la ley, el afianzamiento del orden, el arreglo de la hacienda, la buena distribucion de las cargas públicas, la seguridad para los capitales, el estímulo para la produccion, la confianza para el trabajo, la disciplina para el ejército, la independencía para la magistratura; y estas necesidades esenciales para la vida de la sociedad, se subordinan, se inmolan todas á una sola necesidad preeminente, á la gloria y provecho de la revolucion. Puestas así en pugna, ó la revolucion ha de devorar la sociedad, ó la sociedad ha de enfrenar la revolucion. De consiguiente los fautores de la reaccion

en primera línea son los que la hacen deseable, los que la hacen conveniente, los que la hacen necesaria; y en este sentido, mirando al resultado mas que á la intencion y al provecho mas que á la connivencia, las injusticias, atentados y desórdenes que nos rodean, todas resultan obras reaccionarias porque en ventaja de ella ceden y le allanan el camino. Aun hay mas; no se contentan con provocarla mas ó menos segun sus matices los hombres de la situacion, sino que la invocan ellos mismos. La invocan al tratar de poner un dique al indefinido empuje que nos arrastra; la invocan al dar por terminadas las conquistas de la revolucion con el pretexto de consolidarlas; la invocan al reclamar fuerza para el principio de autoridad incompatible con el pleno ejercicio de las decantadas libertades; la invocan al emplear la represion contra aspiraciones y exigencias que califican de exageradas ó de sediciosas.

Dirán que se limitan á mantener el orden, á salvar la libertad de sus propios excesos: pero el mas ó el menos es cuestion de escuela y en último término de lucha material; lo que arriba se llama *orden* abajo se denomina *opresion*, y lo que el poder culpa de *atentados* la oposicion los inculca como *derechos*. Segun la fórmula revolucionaria no avanzar es retroceder; los estacionarios se equiparan con los retrógrados. Ayer el *summum desideratum* era la monarquía constitucional, hoy lo es para unos la monarquía democrática, para los de mas allá la república unitaria, para los mas avanzados aun la federal, mañana lo será el socialismo ó cualquier otra utopia que brote de imaginaciones calenturientas; y por un efecto natural de óptica todo lo que se deja á la espalda parece andar ácia atrás hasta confundirse en lontananza con los mas oscuros horizontes de lo pasado. No hay partido á quien no tilde de reaccionario el que le vá delante, y cada esfuerzo que intente para hacer alto en el punto que se propone incurrirá en la nota de reaccion, si es que la viveza del combate que sostenga no le obliga á desandar una ó mas jornadas. La reaccion vendrá de todas maneras, te-

mida ó esperada, nociva ó saludable; hasta qué grado creo que nadie lo pueda fijar, pero será de seguro mas vehemente cuanto mas tardía. Si no se presenta á interrumpir el banquete donde guardándose aparente consideracion ya que no cordialidad comen todavía juntas las banderías apoderadas de la mesa, aparecerá al final cuando alguna por fuerza ó por ardid haya tenido que retirarse de la escena, cuando el vino subiéndose á las cabezas y armando de cuchillos las manos haya convertido la fiesta en desenfrenada orgía. Y si la revolucion es terriblemente usurera en sus reclamaciones aumentando progresivamente los intereses conforme se le dilata el plazo de satisfacerlas, téngase presente que no lo es menos la reaccion.

Bajo qué forma aparecerá, á nadie tampoco en mi concepto es dado pronosticarlo. Puede venir de fuera; puede brotar del seno mismo de la situacion. No tengo la restauracion por imposible, como insisten en repetir para persuadirse á sí propios los que tanto la temen; mas la reaccion no necesita restituir monarcas ni reanudar dinastías; bástale un dictador, y un dictador se forma de cualquier teniente de artillería. La reaccion no la concibe, no la dispone el hombre, sino que ella se encuentra á la hora menos pensada con el hombre providencial.

De poco sirve dispersar en el campo las partidas reaccionarias, de poco sirve sofocar en gérmen sus conspiraciones, si conspiran contra la revolucion sus propios vicios, si la combaten intestinamente sus divisiones y sus inconsecuencias. Tras del delirio viene por precision el abatimiento, tras de las ilusiones los desengaños, tras de las locuras del carnaval el miércoles de ceniza; y esta ceniza alguien ha de ponerla en la frente á esta nacion descarriada y mal traída... y sino, tanto peor para ella, tanto peor á la larga para los mismos que hoy la gobiernan. La reaccion vendrá; no sé si llegará á tiempo para prevenir sangrientas catástrofes y detenernos en el borde de la anarquía, ó si apurados los extremos males habrá de sacarnos del fondo del precipicio. Solo un dato me infunde confianza;

y es que cada dia disminuye el número de los que la temen tan pocos como son, y cada dia aumenta mas y mas la mayoría incomparable de los que la aguardan y la desean.

J. M. Q.

ESPERANZAS FUNDADAS EN EL PRÓXIMO CONCILIO.

— ¿Remediará los males presentes el próximo concilio? ¿Podrá la Iglesia detener y salvar á la sociedad que se precipita, arrastrada por el torrente de la revolucion?

— Todo el mundo se hace estas preguntas; pocos dejarán de dar grande importancia á la futura asamblea. No falta quien se asombre de que la Iglesia católica, despojada y perseguida en todas partes, se congregue solemnemente bajo la presidencia del romano pontífice, y dicte leyes al mundo como en los dias en que ejercia mayor ascendiente sobre los príncipes y sobre los pueblos: y será maravilla, dicen algunos, que los padres del concilio puedan tranquilos asentar el pié y celebrar sus sesiones en angosto recinto, en el exiguo dominio de los papas perpétuamente disputado.

— Han de ver los partidarios de la anarquía el poder que tiene la unidad religiosa: ahora podrán estudiar la admirable constitucion de la Iglesia los que mudan á temporadas la constitucion de las naciones. No serán sus discusiones trasunto de los debates parlamentarios, como escribia el Sr. Lorenzana: la ciencia de los pastores de la Iglesia no se parece á la ciencia del siglo, ni ha menester el catolicismo recurrir á tales modelos, cuando por el contrario él es el modelo mas perfecto de las asambleas y de las academias y de las constituciones.

— Dan alguna luz acerca de la admirable constitucion de la Iglesia las razones de la convocatoria del próximo concilio, contenidas en la alocucion de 26 de junio de 1867. Demás está decir que los cánones conciliares siempre se dirigen al mayor bien de la Iglesia y de la sociedad: y no son otras las causas mas naturales y las razones mas obvias que determinan la apertura del próximo concilio. De tiempo en tiempo es necesario reformar y corregir: así es que en el de Trento muchas sesiones tuvieron por objeto reformar la disciplina, como lo indica su título *de reformatione*.

No todo es mudable en la disciplina de la Iglesia. Compónese la disciplina de dos elementos: uno inmutable, que es la ley divina, moral y positiva;

otro variable, que se ajusta y acomoda á las condiciones de la sociedad sujeta á mudanzas. Repitiendo su símbolo con la energía de una fé que jamas desfallece, que nunca falta, afirma principios que son inmutables: reformando y variando lo que es variable y accidental en la disciplina, se acomoda á los cambios que introducen los tiempos y se armoniza con las nuevas condiciones de la sociedad.

Cuando Bossuet dijo que «la historia de las variaciones es la historia del error,» asentó una verdad desconocida de los herejes. La esperiencia ha demostrado en la division y subdivision de las sectas, que alterar esos principios es destruir la religion. Decian los protestantes al Papa, segun refiere el P. Lacordaire con tanta gracia como elocuencia: *cambia la regla de fé, muda en esto y en aquello; déjanos en libertad de arreglar la disciplina:* y el papa decia siempre: *Yo no cambio.* Con esta palabra salvaban los papas los principios inmutables de la fé y de la disciplina: salvaban la religion, la propagaban y estendian: y mientras la excision religiosa destruia la religion en los pueblos separados del gremio de la Iglesia, salió la Iglesia triunfante de una persecucion de trescientos años. Al fin de la campaña abierta por Lutero, la Iglesia revistá sus fuerzas, cuenta pérdidas y ganancias, halla un aumento de treinta y cinco millones de católicos, y á todos nos dá cita para el concilio de Roma.

Ha caido la heregía protestante; Pio IX convoca á los protestantes. Disputan los viejos y los nuevos creyentes cismáticos, como antes y despues del concilio de Florencia: Pio IX los convoca tambien. Búlgaros y Cumanos se vuelven al seno de la Iglesia católica: Pio IX sigue dando voces para atraer á los pueblos del oriente. Unos vendrán y otros no; pero á todos invita, el padre de familias tiene ya la cena preparada. Cayeron los reyes que esclavizaron á la Iglesia; aquellos tronos, á cuya omnipotencia parecia no faltar otra cosa que el dominio espiritual, murieron por las regalías; perdieron la vida con la libertad que arrebataron á la Iglesia católica. Antes invitaba el papa á los príncipes cristianos, pero ese principado ya no existe; el papa no tiene con quien entenderse. Desaparecieron los gobiernos católicos, no hay estados católicos; y ¡cosa estraña! cuando esos estados pensaban acabar con los papas y decapitar la Iglesia, el papa es el que mira en su derredor y apenas encuentra un estado á quien poder enviar su bula convocatoria.

De aquí la necesidad de establecer sobre nuevas bases las relaciones de la Iglesia con la potestad

civil en todos los paises. La revolucion francesa, la de Austria, la de Italia, la de España, han roto la armonía entre ambas potestades. Las naciones siguen siendo católicas, como lo eran antes, y el catolicismo está alcanzando triunfos que nadie ignora; pero muchas leyes políticas están en desacuerdo con las leyes eclesiásticas. Preciso es calmar las pasiones, pacificar los ánimos, y modificar de alguna manera las relaciones entre la Iglesia y el estado, porque el bienestar de la sociedad descansa en la mútua y pacífica inteligencia que debe reinar entre la suprema autoridad religiosa y la suprema autoridad civil y política. Interés de los gobiernos ha de ser el aceptar las bases de un acuerdo tan necesario, respetarlas, cumplirlas y hacerlas cumplir, en cuanto esté de su parte, á sus súbditos, teniendo presente que todos los gobiernos, ya sean heterodoxos, ya ateos, ya indiferentes en materia de religion, tienen á sus órdenes una poblacion católica mas ó menos numerosa.

Segun el reverendísimo Sr. Manning arzobispo de Westminster pertenece á la Iglesia un cuarto si no un tercio de los habitantes de la Gran Bretaña y de sus colonias. Los últimos datos estadísticos demuestran que la poblacion católica de Londres es igual á la de Roma. Cerca de una quinta parte de la poblacion de los Estados Unidos es católica, y la mitad de la monarquía prusiana. Hay otros reinos en que los católicos componen la gran mayoría ó la totalidad de la poblacion, tales como Francia, Austria, España, Italia, Portugal, Bélgica y Baviera. No citamos la Polonia constante en su fé, ni el imperio del Brasil, ni la república de Méjico, ni las colonias españolas, ni las diversas repúblicas americanas.

Importa sobremanera á la autoridad civil en todos los pueblos del mundo establecer sobre sólidas bases las relaciones entre la Iglesia y el estado; como quiera que la religion ejerce tan poderoso influjo y asegura mejor que ningun otro principio la fiel obediencia de las naciones. Mientras que los gobiernos dicten leyes contrarias á los derechos divinos y á la libertad de que debemos gozar los católicos, no hay que esperar paz ni seguridad ni reposo. Y no se admiren los enemigos de la Iglesia si no establecen el gobierno, si no afianzan sus instituciones civiles, si no pueden sostenerse de pié, tratando como enemigos á los católicos que son en todas partes los mejores súbditos, y mimando á los revolucionarios, de su natural inobedientes, prontos á sacudir todo yugo incluso el de la ley. No se admiren, porque no puede fundarse sobre la injus-

licia ningun gobierno que sea digno de este nombre.

Destruyen el gobierno civil en Austria las leyes sobre el matrimonio, sobre la instruccion pública, en una palabra, la llamada *reforma liberal* que viola indignamente el concordato de 1855. Bien puede la Prusia infringir el tratado de Praga, alentada por el ejemplo de su rival vencida que rompe otros tratados mas solemnes, sin que la estorbe la garantía de la fé publica. Gobierno que no permite á los húngaros el envio de algunos escuadrones de húsares para defender el poder temporal del papa, gobierno inspirado por el conde de Beust que en asuntos religiosos desatiende las esposiciones del episcopado, bien merece las derrotas que está sufriendo, y perder el cetro de la confederacion germánica.

Igual destruccion amenaza á Baviera, donde ha venido á dominar el espíritu irreligioso. Se organizan escuelas para imponer á los católicos bávaros nada menos que la negacion del cristianismo. En las cámaras se hace la apología de la revolucion francesa, se lanzan invectivas contra el clero, y se condena el *absolutismo* de la Iglesia. En Baden se ha borrado el nombre de *cristiano* de la ley de instruccion pública. Los gobiernos se destruyen por su loco empeño de destruir la Iglesia, mientras la Iglesia trabaja sin descanso para salvarlos trayéndolos á los buenos principios.

El gobierno está destruido en Italia, como lo está en España, como lo está en todos los pueblos devorados por la fiebre revolucionaria y anticatólica. No queda al poder temporal otro recurso que reconciliarse con el catolicismo para resucitar ó levantarse de su postracion, y proseguir en union con la Iglesia la mision civilizadora que desempeñaron por tantos siglos los pueblos y los gobiernos cristianos.

Una vez establecidos los principios que han de regular las relaciones entre ambas potestades, podrá seguirse una marcha ordenada, mas franca que hasta aquí, y sobre todo, noble, legal, justa. No vamos ya que á título de proteccion se oprime á la Iglesia, que se invoca la libertad y se esclaviza al clero, que se negocia un concordato y una de las partes no cumple lo pactado ó lo infringe y anula con el mayor cinismo faltando no menos á la justicia que al decoro: no veamos en fin que los poderes públicos con capa de católicos ofendan á la religion, y no minen á mansalva los cimientos de la sociedad los que manejan sus intereses, intervienen en los tratados, y hacen falsos alardes de religion, de probidad y de virtud.

¿No será posible coger á los poderes civiles por

algun cabo? ¿no se crearán comprometidos á cumplir lo que se pacte aun invocando lo que llaman los racionalistas *reglas universales de la moral y del derecho*? ¿Será preciso que citeamos el ejemplo del Sultan, tan benévolo con los católicos de su imperio de Constantinopla, para que aprendan á ser justos los gobiernos de naciones cristianas? ¿Será menester aconsejarles una política mas honrada y mas digna á nombre de sus propios intereses? Guardara el gobierno los tratados, que poco pudiera importarnos no tenerle por amigo: pero si no los guardara, caeria en la mayor ignominia y desprecio por parte de las naciones civilizadas.

Abrigamos la esperanza de que se mejorarán las relaciones entre la Iglesia y el estado, conocidas que sean las decisiones del próximo concilio. El acuerdo entre ambas potestades será muy favorable á la libertad de la Iglesia; y todo lo que la Iglesia aventaje y recabe del poder civil, cederá en beneficio de los gobiernos, hoy debilitados y heridos de muerte por la guerra que vienen haciendo á la religion. No pueden vivir, no pueden sostenerse de ninguna manera en la actitud que han tomado. Si atacan á la religion, pierden la fuerza moral: si se detienen en este camino, si usando de fingida moderacion buscan un término medio, la revolucion los empuja, y en un sacudimiento los anota. Es preciso que los gobiernos se resuelvan de una vez á ser *justos*: supuesto que ya no quieren el glorioso título de protectores de la Iglesia, tenemos derecho á pedir que se porten con honradez en sus relaciones con el poder espiritual.

Un cambio tan favorable y honroso en la conducta de los gobiernos para con la Iglesia, seria indicio seguro de que iban á mejorar tambien las relaciones de los gobiernos con los pueblos. Porque demasiado se sabe que los pueblos padecen los mismos engaños que la Iglesia, viendo fallidas todas sus esperanzas, despreciados sus sacrificios y contrariados sus deseos. Es verdad que no se ha reparado en prometerles cosas imposibles, abusando de su credulidad: ¿pero á qué prometer lo que no se puede cumplir? Ningun programa se ha cumplido hasta ahora; y lo que mas duele al pueblo, como por ejemplo, el pago de los tributos, se hace de dia en dia mas insoportable, sin que por eso desistan los embaucadores políticos de prometer *economías* y todos los bienes que necesitamos.

El pueblo mira ya mal á todos los gobiernos; y á fuerza de malos ejemplos, él tambien se corrompe, y pierde la nobleza y dignidad de su carácter. España no es ya lo que era, y lo mismo se observa

en otras naciones. La reforma de la disciplina traerá la reforma de las costumbres, así en los gobiernos como en los pueblos, y únicamente la Iglesia puede corregir y remediar ahora los males que corrigió y remedió otras veces.

M. MUÑOZ Y GARNICA.

Con la mayor efusion saludamos á un nuevo colega el *Bien del Pais* revista semanal que desde el 1° del corriente se publica en Barcelona (*), y en quien, si no nos engaña el afecto, ha transmigrado el alma del difunto *Sentido Común* que tan pronto desapareció. La pluma del director en nuestro concepto es una misma y la misma que escribió el precioso folleto *Ayer hoy y mañana*; lamentamos que su escesiva modestia nos prive de conocer su nombre. Producciones como esta no abundan en ningun tiempo, y menos en este en que la exacerbacion de los ánimos y la fatal constelacion dominante engendra mas declamaciones que razonamientos. La hubiéramos estimado en mucho aun cuando estuviera consagrada al servicio de una causa distinta: ¿qué será teniendo con la nuestra no solo unidad perfecta de principios sino la mas completa afinidad en las apreciaciones? Como muestra de lo que vale copiamos los siguientes párrafos del artículo de entrada del número 1:

MANE, THECEL, PHARES.

Non curiamo l'incerto domani

Se quest'oggi n'è dato goder.

(Brindis de la ópera Lucrezia Borgia.)

Ya los promovedores de la revolucion de setiembre han alcanzado su objeto: ya ocupan el poder, no como ministros de un monarca que podria significarles desagrado, sino como soberanos que no han de presentarse la dimision á sí propios, y que no han de perder jamás su propia confianza. No esperaban llegar á tanto: han conseguido mas de lo que su ambicion pretendia.

Tienen constitucion hecha á imágen y semejanza de sus ambiciones; por consiguiente viven en pleno régimen constitucional. Tienen trono; y por lo tanto no se dirá de ellos que se han aventurado á innovaciones trastornadoras, y que no han pagado tributo á las tradiciones monárquicas y al espíritu monárquico del pais.

No tienen rey, es cierto, pero precisamente la gran ventaja suya consiste en tener sombra y apariencias de majestad real, lo bastante para la ilu-

sion escénica, sin correr peligro de que el rey les incomode. No hay cuidado: el rey está por venir, el rey está por elegir, el rey está por buscar, ya vendrá; y entretanto le suple en ausencias, sin reemplazarle en todas sus atribuciones, la autoridad del regente que no puede disolver las cortes, y que se guardará muy bien de significar al capitán general D. Juan Prim que ha perdido su confianza como presidente del consejo de ministros.

Hemos dicho que las cortes no pueden ser disueltas; y en su virtud tenemos en ellas, presididas por el demócrata D. Nicolas María Rivero, un poder que eclipsa á los otros dos poderes. Es indispensable que los tres se conlleven. El uno tiene apariencias de majestad real y guarda el trono desocupado: no puede por consiguiente estar mas alto ni verse mas halagado. El otro dispone del ministerio de la guerra, ó sea de la fuerza, con la seguridad moral de que no han de disputársela ni arrebatársela. El tercero finalmente está en posesion de la soberanía, y la ejerce.

Hé aquí pues como en vez de una persona inamovible tenemos tres hombres necesarios mutuamente; en vez de un rey tenemos tres hombres tan inamovibles de hecho como si fuesen monarca.

Ellos no conocian sino una fórmula de ambicion, ocupar el poder; ni querian mas, ni se hubieran atrevido á pretender mas.

Calcúlese por aquí la honda satisfaccion con que han de haber tomado asiento en el festin revolucionario del presupuesto, satisfaccion que comparten con sus amigos y allegados, formando todos un coro, brindando por su triunfo, y enalteciendo en pindáricas estrofas su felicidad presente y la venidera.

¿Seria este por acaso el primer festin en que la embriaguez del alcanzado triunfo no deja ver lo ilusorio y lo fugaz de la felicidad presente? Meditémoslo nosotros, aunque mas convendria que lo meditasen los comensales del presupuesto.

No pretendemos convertirnos en agoreros, adivinos ni profetas; pero toda nuestra fuerza de voluntad es impotente para echar de la imaginacion la idea de que no ha de ser duradero el presente festin revolucionario del presupuesto. Lo que vendrá lo ignoramos; calcúlenlo si pueden nuestros lectores; nosotros confesamos sin pena no alcanzar á tanto.

Pero en ese festin revolucionario del presupuesto donde el triunfo embriaga, hay tambien trazados unos caracteres dignos de meditarse. El festin revolucionario del presupuesto tiene su *Mane, Thecel, Phares*, como el festin de Baltasar; y si allá esos caracteres fueron anuncio del acabamiento de los placeres, fueron vaticinio de duelos y quebrantos, fueron pregon de ruina y desventuras, no vemos por donde tranquilizarnos y colegir que aquí han de ser anuncio de prosperidades, vaticinio de estabilidad y pregon de no esperada fortuna.

Baltasar llamó á los magos y á los agoreros para que le descifrasen los misteriosos caracteres: si de

(*) Precio de suscripcion á reales al mes en la librería de Guasp, y en Barcelona en la de Subirana.

cualquier modo se los hubiesen descifrado, el rey caldeo hubiera continuado tal vez con tranquilidad su festin. Así también los Baltasares del presupuesto han acudido á la política para descifrar esos caracteres, y la política ha creído descifrarlos y se han quedado tranquilos.

La política ha sido menos leal y franca que los magos y agoreros caldeos. No quisieron ellos faltar á la verdad, no quisieron engañar ni adular á su soberano, y aun con riesgo de su vida confesaron que la esplicacion de aquellos misteriosos caracteres era superior á la interpretacion de los agoreros. La política ha sido mas adulatora, y ha creído que la interpretacion de los caracteres trazados en el festin del presupuesto estaba á los alcances de su ciencia, y ha dicho: Baltasares de la situacion, esos caracteres son los nombres de vuestros tres enemigos á quienes no habeis de temer; ese *Mane, Thecel, Phares*, son los nombres de carlismo, isabelismo y república.

Y los partícipes del festin del presupuesto han soltado una carcajada homérica y siguen embriagados en su triunfo, porque no les inspiran temor esos enemigos. Lo propio habria hecho el rey de Babilonia, si sus magos y agoreros, tan osados como lo ha sido en el presente caso el espíritu de partido, hubiesen dicho á Baltasar que aquellos misteriosos caracteres significaban que Darío estaba próximo á la ciudad de Babilonia.

Baltasares de la situacion, leed y meditad; partícipes del festin, leed y meditad. ¿Sabeis que dicen esos caracteres que centellean con fulgor siniestro al través de las copas en que se os escancia el néctar del presupuesto? ¿Sabeis que dicen esos providenciales signos que no son inteligibles sino para la conciencia, que no son visibles sino á los ojos del alma, y que para leerlos sin estremecimiento se necesita no tener alma ni conciencia? ¿Sabeis lo que dicen? Son ellos vuestro *Mane, Thecel, Phares* que os anuncian que la copa del festin caerá de vuestras manos, antes que vuestras manos la suelten por cansadas de sostenerla; os anuncian que todo un pueblo sumido en incertidumbre y desventura no ha de ser patrimonio de los Baltasares mas cuidadosos de su propio encumbramiento que del malestar ajeno; os anuncian que fuera de la sala del festin está la tierra que lo paga, fuera de las complacencias del presupuesto están los quebrantos de la mal parada riqueza pública, y que con ser felices y bien hallados los partícipes de un festin, que ni hemos envidiado antes ni envidiamos ahora, no se remedian las muchas y perentorias necesidades de todo un pueblo á quien prometisteis mejorar de posicion y se la habeis empeorado. Esto clama justicia, y la Providencia hará justicia.

Esto dicen los caracteres que brillan con luz siniestra en el festin revolucionario del presupuesto. ¿No adivináis todavía cuáles son esas palabras providenciales que hablan al alma, que se dirigen á la conciencia, y que reclaman justicia? Leedlas y estremeceos: CONSECUENCIA, MORALIDAD, PATRIOTISMO.

Esas palabras son para vosotros como el ojo de Dios que persigue al fratricida Cain. Hasta que la justicia providencial quedó cumplida, ni Baltasar pudo apartar de su vista el *Mane, Thecel, Phares*, ni Cain pudo apartar de su vista el ojo de Dios.

Pretendidos restauradores de la patria, España entera os pide cuentas de *patriotismo*, de *moralidad*, de *consecuencia*, y al presentarle vuestros actos España entera mueve la cabeza y da muestras de escarmentada.

No ya es solo la España viva quien os pide esas cuentas, sino también la España muerta. Las víctimas de 1866 y de 1868 se levantan de sus tumbas y vienen á pedirnos cuenta de la sangre derramada en aras de la restauracion de la patria. Para llegar á tan pobre resultado, son mas de sentir por excesivos los sacrificios que se han hecho. Para comprar una situacion que vale tan poco, vive Dios que se ha dado un precio muy crecido.

La España no estaba degenerada porque se gritase menos. ¡Oh! no: la degeneracion consistia en que el favoritismo y el nepotismo se habian hecho dispensadores de gracias y mercedes; la degeneracion consistia en que los comensales del presupuesto, atentos á su propio medro y engrandecimiento, pasaban tiempo y mas tiempo mirando impassibles el desecamiento de los manantiales de la riqueza pública; la degeneracion consistia en anteponer el presupuesto á la patria, y no la patria al presupuesto.

Restauradores de España, ¿en que habeis realizado esa degeneracion de la patria? ¡Pluguiera á Dios que no la hubieseis empeorado, añadiéndole á sus pasados y hoy agravados males la incertidumbre de su porvenir, la inseguridad de su destino, incertidumbre é inseguridad que son para un pais el mayor de los males y la peor desventura!

Mientras la España vea que ahora como antes el presupuesto se agrava por culpa voluntaria de los que se han encargado de aliviarlo ó á lo menos de no hacerlo mas pesado, ¿cómo puede menos de echar en cara ese *patriotismo* de dudosa ley á los promovedores de la situacion presente?

Mientras la España vea que sin proporcionarle compensacion ni alivio por otro lado se le imponen los onerosos sacrificios de nuevos generales en un pais en que sobraban generales, de nuevos brigadieres en un pais en que sobraban brigadieres, de nuevos coroneles, comandantes y capitanes en un pais en que ya sobran coroneles, comandantes y capitanes; mientras la España vea que se aumenta la partida de las clases pasivas para dar cabida á advenedizos, á los aventureros de partido, deudos, amigos y allegados de los que gozan de algun favor en el festin del presupuesto, ¿cómo puede menos de echar en cara esa *moralidad* de dudosa ley á los promovedores de la situacion presente?

Mientras la España vea que se le han impuesto sacrificios onerosos de desgracias y desventuras para derribar la inmoralidad pasada, y por una contradiccion inexplicable los restauradores se permiten abusos de la misma clase y de la misma in-

dole, ¿cómo puede menos de echar en cara esa consecuencia de dudosa ley á los promovedores de la situación presente?

Ellos podrán parecer tranquilos, y sin cuidarse del mañana podrán beber y gozar, sin que la ruidosa algazara del festin del presupuesto deje oír allá los lamentos de la España que sufre. No importa: una mano misteriosa ha trazado el *Mane, Thecel, Phares* de la situación, y la Providencia nunca escribe en vano sus decretos.

Los enemigos de lo presente y mas poderosos que lo presente no son el carlismo, ni el isabelismo, ni la república: sus enemigos son la consecuencia, la moralidad, el patriotismo.

Baltasares de la situación, vuestro *Darío* es la lógica de los acontecimientos, es la justicia providencial, es el ojo de Dios que perseguía á Cain.

CRÓNICA.

Parece que el concilio de los libre-pensadores convocado para Nápoles encuentra obstáculos. He aquí los lamentos que exhala su promovedor, el diputado al parlamento de Florencia, José Ricciardi. Al *Popolo d'Italia*, periódico de Nápoles, es á quien dirige su queja, que es por otra parte muy cándida y hace declaraciones que merecen ser consignadas, tal como la siguiente: *Jamás se vió tanta gente en las iglesias. Las mujeres todas están sometidas á la influencia del clero. Los periódicos democráticos no sacan para los gastos; al contrario las publicaciones católicas tienen gran número de lectores.* Cuando Mr. Ricciardi lo dice, debemos creerlo: su testimonio no puede ser sospechoso. El *Journal des Débats*, el *Siécle* y otros compañeros no darán cuenta de esta carta, y no les impedirá de ningun modo responder á su llamamiento y predicar el anti-concilio. Pero como los italianos son y quieren permanecer católicos, y mientras que lo sean, la revolucion no podrá ver realizados sus proyectos acerca de Roma, es menester hacerles violencia é imponerles el cisma á la fuerza porque así lo quiere la libertad.

«Posilipo 30 de junio de 1869.

Mi querido amigo: Entre las innumerables cartas de adhesion al anti-concilio propuesto por mí para el 8 de diciembre próximo, hay una que he recibido del general Garibaldi. He la aquí:

«Manteneos firme, mi querido apóstol de la verdad, en la realizacion de vuestro sublime anti-concilio. En estos tiempos de vergüenza política tratemos siquiera de aplastar el negromantismo.»

Al daros gracias por la buena acogida que habeis hecho á mi proposicion, no puedo menos de deplorar altamente la hostilidad que me manifiestan la mayor parte de los periódicos italianos, y aun de aquellos que se dicen mas liberales. ¡Cómo! mi programa ha sido reproducido por un número grande de periódicos en Suiza, Alemania, Francia, Inglaterra, Holanda, Bélgica, España y aun América, y los periódicos italianos que se proclaman fieramente enemigos del papa rey y de la supersticion, ó no han dicho una palabra del anti-concilio, ó no han hablado de él mas que para mofarse. No conocen que para nosotros la cuestion religiosa es quizá mas grave que la cuestion política, porque es muy difícil establecer la libertad en un pais donde la gran mayoría vá á la iglesia, y donde casi todas las mujeres están completamente bajo la influencia del cura.

¡Cosa estraña! Nunca se han visto nuestras iglesias mas llenas que ahora en los dias festivos; y mientras los periódicos de la democracia se ven tan apurados para cubrir sus gastos, *L'Unita Católica* tiene grandes ingresos, y solo en Toscana la *Civiltá Católica* cuenta seiscientos suscritores.

Mientras que las cosas continúen así en Italia con respeto á la supersticion, hablar de ir á Roma no puede menos de escitar la risa. Ya lo he dicho el año de 1862 en la cámara de los diputados.

El camino de Roma no puede en verdad estar abierto para nosotros sino por el cisma.

Esta es mi conviccion profunda, y esta conviccion me ha obligado á proponer el anti-concilio de 8 de diciembre: al presente me obliga á hacer un nuevo llamamiento mas solemne á la prensa liberal, á fin de que recomiende calurosamente la grande reunion por mí propuesta á todos los que, no solo en Italia, sino en toda la estension del mundo civilizado, tienen horror á la ignorancia y á la impostura, y desean ver fundar sobre bases inquebrantables la libertad, objeto de los suspiros de tantos siglos, y por la cual el género humano ha hecho tantos sacrificios y vertido tanta sangre.

Adios. Vuestro siempre.—J. Ricciardi.

La interpelacion relativa al sostenimiento del poder temporal del pontifice contaba en el cuerpo legislativo francés con el apoyo de unos ochenta diputados de la mayoría, de cuarenta por lo menos del tercer partido, y de algunos miembros de la oposicion. Mr. De la Tour, Kolb Bernard y Keller eran los encargados de redactarla, á fin de que apareciese sin color político. Cuando Mr. Rouher tuvo conocimiento del proyecto, hubo de admirarse de que se pusiesen en duda las buenas disposiciones del gobierno; y declarando que no creia necesaria la interpelacion, dijo en sustancia: «Yo responderé de modo que quedeis satisfechos, porque mantendré energicamente mi *¡jamás!*, y añadiré que el gobierno se considerará en el deber de asegurar la libertad del concilio.»

La tentativa del principe de Hohenlohe para dificultar el Concilio ha fracasado. Austria y Francia piensan que es imposible intentar nada contra él, y que todos los principios se oponen á todo lo que sea ejercer presion en el Padre Santo. Los gobiernos de París y Viena desearian que el papa publicase el programa del Concilio, pero Su Santidad rehusa hacerlo.

El Concilio deliberará y se reunirá en completa libertad, pues ninguna potencia tratará de impedirlo, y el nuevo cuerpo legislativo francés se muestra resuelto á mantener la ocupacion del territorio pontificio como una garantia de la conservacion de Roma, siempre codiciada por los italianos.

Puntos de suscripcion.

Librerías de Guasp, Muntaner y Colomar, y círculo de la Asociacion de Católicos.

Precios mensuales.

Dos reales vellon en Palma, dos y medio dentro de la provincia, y tres para los suscriptores del continente.

A los asociados de la capital costará un real solamente, y uno y medio á los demás de la provincia.

PALMA.—Imprenta de Guasp.